

**David Foenkinos**

Los recuerdos



Cuando su abuelo muere, el joven narrador se da cuenta de la cantidad de cosas que no ha compartido con él. Decide entonces aprovechar al máximo el tiempo junto a su abuela. La visita a menudo y consigue espantar su soledad y hacerla reír. Pero un día, como si de una adolescente se tratara, la abuela se fuga de la residencia en la que vive. El narrador parte en su búsqueda y acabará uniéndose a ella en esa huida hacia la felicidad. Asistiremos así a un maravilloso viaje por los recuerdos de una vida, y veremos cómo éstos, junto al mágico azar, iluminan el presente y el futuro de nuestro protagonista.

# 1

Llovía tanto el día que murió mi abuelo que apenas podía ver nada. Perdido entre la multitud de paraguas, traté de encontrar un taxi. No sabía por qué quería darme prisa a toda costa, era absurdo, ¿de qué servía correr?, total, él estaba ahí, muerto, seguro que me esperaba sin moverse.

Dos días antes aún estaba vivo. Fui a verlo al hospital Kremlin-Bicêtre, con la embarazosa esperanza de que fuera la última vez; de que por fin terminara el largo calvario. Lo ayudé a beber con una pajita. La mitad del agua resbaló por su cuello y le mojó aún más el pijama, pero, a esas alturas, esas pequeñas contrariedades ya no lo afectaban. Me miró con aire desamparado, con su lucidez de los días en que estaba bien. Seguramente eso era lo más violento: saber que era consciente de su propio estado. Cada respiración se le anunciaba como una decisión insostenible. Quería decirle que lo quería, pero no fui capaz. Todavía pienso en esas palabras y en el pudor que me retuvo y me dejó varado en la imperfección sentimental. Un pudor ridículo en tales circunstancias. Un pudor imperdonable e irremediable. Muchas veces en mi vida me he quedado como desfazado con respecto a las palabras que me hubiera gustado decir. Nunca podré volver atrás y recuperar esa ternura. Salvo quizá ahora, escribiendo. Ahora ya sí se lo puedo decir.

Sentado en una silla a su lado, tenía la impresión de que el tiempo no pasaba. Los minutos, pretenciosos, se tomaban por horas. Era de una lentitud exasperante. Entonces el

teléfono móvil me anunció que tenía un nuevo mensaje. Me quedé como en suspenso, sumido en una falsa vacilación, pues en lo más hondo de mí me alegraba de que me hubiera llegado ese mensaje, me alegraba de que algo me sacara de ese letargo, aunque sólo fuera un segundo y por la razón más superficial. Ya no recuerdo el contenido del mensaje pero sí que contesté enseguida. Así, y para siempre, esos pocos segundos insignificantes empañan el recuerdo de esa escena tan importante. Me guardo un terrible rencor por esas diez palabras enviadas a una persona que no significa nada para mí. Acompañaba a mi abuelo hacia la muerte y buscaba donde fuera la manera de no estar ahí. Poco importa lo que pueda contar de mi dolor, la verdad es ésta: la rutina me había resecado por dentro. ¿Se acostumbra uno al sufrimiento? Se puede estar sufriendo realmente y responder a un mensaje al mismo tiempo.

Los últimos años no habían sido para él más que un largo declive físico. Había ido de hospital en hospital, de escáner en escáner, atrapado en la corriente, lenta y ridícula, de tratar de prolongar nuestra vida moderna. ¿Para qué todos esos últimos recesos, esas treguas? Le gustaba ser un hombre, le gustaba la vida, no quería beber con una pajita. Y a mí me gustaba ser su nieto. Mi infancia es una caja llena de nuestros recuerdos. Podría contar muchos, pero no es el tema de este libro. Digamos que, en todo caso, el libro puede empezar así: con una escena en el Jardin du Luxembourg donde solíamos ir a ver el teatro de marionetas. Tomábamos el autobús, cruzábamos París de punta a punta, o quizá sólo fueran unos cuantos barrios, pero a mí se me hacía desmesuradamente largo. Era una expedición, y yo, un aventurero. Como todos los niños, preguntaba a cada rato:

—¿Falta mucho para llegar?

—¡Y tanto! ¡Las marionetas están al final de la línea! — me contestaba él sistemáticamente.

Y, para mí, el final de esa línea era como el final del mundo. Mi abuelo consultaba su reloj durante el trayecto, con esa inquietud tranquila de los que siempre llegan tarde. Corríamos para no perdernos el principio. Él estaba tan nervioso como yo. Por supuesto, le gustaba la compañía de las madres de familia. Yo tenía que decir que era su hijo, no su nieto. Mi abuelo aún no se había apeado del tranvía de la seducción y el deseo.

Venía a buscarme al colegio, y eso a mí me encantaba. Era capaz de llevarme a un bar y, aunque yo volviera por la tarde oliendo a tabaco, delante de mi madre negaba lo evidente. Nadie lo creía, y sin embargo tenía ese encanto irritante de aquellos a los que nunca se les reprocha nada. Durante toda mi infancia me maravilló ese personaje alegre y divertido que era mi abuelo. No se sabía muy bien a qué se dedicaba, cambiaba de trabajo sin parar, y parecía más un actor que un señor normal y corriente. Había sido panadero, mecánico, florista y hasta puede que psicólogo. Después del entierro, aquellos de sus amigos que se desplazaron para la ceremonia me contaron numerosas anécdotas, y entendí que nunca se llega a conocer del todo la vida de un hombre.

Mis abuelos se conocieron en un baile. En aquella época era algo habitual. Había libretas de bailes, y la de mi abuela tenía muchas páginas. Mi abuelo se fijó en ella, bailaron, y todo el mundo notó que sus rodillas congeniaban. Juntos, eran como una rapsodia de rótulas. Esa evidencia se transformó en boda. En mi imaginación es una boda como en foto fija, pues sólo existe una fotografía de la ceremonia. Una imagen, una prueba que, con el tiempo, fija de manera hegemónica todos los recuerdos de una época. A la boda siguieron algunos paseos románticos, un hijo, luego otro más, y un tercero que nació muerto. Cómo imaginar la violencia del pasado, la de un tiempo en que perder

un hijo era algo tan común como tropezar con un escalón. Diagnosticaron la muerte del niño en el sexto mes de embarazo. Mi abuela había notado que ya no se movía, pero no había dicho nada, negándose a ponerle palabras a su angustia, para convencerse también de que no ocurría nada malo. Los bebés tenían derecho a descansar, como los adultos, tenían que estar agotados de dar vueltas y más vueltas dentro del útero. Pero luego no le quedó más remedio que admitir la atroz realidad: en su vientre se había instalado una ausencia. Y pasó así tres meses, esperando a que la muerte saliera de ella. El día del parto, el procedimiento fue el habitual. El niño fue expulsado, en silencio. En lugar de en una manta calentita, lo envolvieron en un sudario. El niño sin vida recibió el nombre de Michel. A mi abuela no le dio tiempo a deprimirse. Tenía que trabajar, ocuparse de sus otros hijos, y al poco volvió a quedarse embarazada. Siempre me ha parecido extraño, pero a ese niño también lo llamaron Michel. Mi padre es el segundo Michel, y se construyó a sí mismo sobre el fantasma de su predecesor que nació muerto. No era raro en aquella época que a un niño se le diera el nombre de un muerto. Muchas veces en mi vida he tratado de acercarme a mi padre, pero ya he abandonado todo intento, toda esperanza de lograrlo. Siempre he achacado su huida incesante al fantasma con el que cohabitaba. Siempre buscamos razones para la estrechez afectiva de nuestros padres. Siempre buscamos razones para la falta de amor que nos corroe por dentro. A veces sencillamente no hay nada que decir.

Pasaron los años, hubo guerras y hubo muros, y los dos hijos mayores abandonaron el hogar familiar. Mi padre se quedó solo con sus padres, y ese periodo se le antojó cuando menos extraño. De pronto, era hijo único. Toda la atención se concentraba sobre él, sentía que se ahogaba. De modo que se marchó a su vez, algo prematuramente, a hacer el servicio militar. Él, que era cobarde y pacifista. Mi

abuela recordaba el día en que su último hijo se fue de casa. Para quitarle hierro, mi abuelo dijo en voz baja: «¡Por fin solos!», en un vano intento por enmascarar el temor. Esa noche, durante la cena, encendieron la televisión, algo que siempre habían prohibido cuando sus hijos aún vivían con ellos. Sustituyeron así el relato de un día en el colegio por el de un conflicto afgano. Ese recuerdo atormentaba a mi abuela, pues para ella simbolizaba el inicio de la soledad. Como sus dos hermanos mayores, Michel aparecía por casa de vez en cuando, sin avisar, para lavar la ropa o para cenar; y, al cabo del tiempo, poco a poco, fue llamando para anunciar su visita; hasta que por fin terminó por escribir en su agenda «cena en casa de mis padres», con varios días de antelación, cuando planeaba ir a verlos. Mis abuelos decidieron entonces mudarse a un piso más pequeño, pues «no tiene sentido desperdiciar habitaciones vacías». Yo sobre todo creo que querían librarse de la visión cotidiana del pasado, de las habitaciones llenas de su memoria afectiva. Los lugares son la memoria y mucho más: los lugares sobreviven a la memoria. Felices en su nueva casa, casi parecían una pareja joven que diera sus primeros pasos en la vida. Pero no, los primeros pasos los daban en la vejez. Iniciaban su lucha contra el tiempo. Me he preguntado muchas veces a qué se dedicaban todo el día. Ya no trabajaban, sus hijos iban a verlos con poca frecuencia, y sus nietos, menos todavía. Su vida social se encogía también, rozando la nada algunas semanas, y, si sonaba el teléfono, era casi siempre alguien que quería venderles algo. Se puede ser viejo pero conservar pese a todo un interés comercial. Me pregunto incluso si a mi abuela no le gustaba que la acosaran así. Mi abuelo se ponía nervioso: «¡Cuelga! Pero ¿por qué le cuentas tu vida?» Daba vueltas a su alrededor, muy colorado: «Esta mujer me pone nervioso, ya no la aguanto». Siempre me ha fascinado esa rutina del hastío mutuo que existía entre ellos, y me llevó tiempo ver en ella una suerte de juego melodramático. Discutían, se miraban enfadados y, sin em-

bargo, jamás pasaron un solo día lejos el uno del otro. Jamás conocieron el manual de instrucciones de la vida autónoma. Sus peleas tenían el don de realzar el sentimiento de estar vivos. Seguramente se muere antes cuando hay armonía conyugal.

Y, entonces, un detalle lo cambió todo. Ese detalle es una pastilla de jabón. Mi abuelo sobrevivió a la guerra; resultó herido por un fragmento de granada de obús nada más empezar la contienda. A unos metros de él murió su mejor amigo, hecho papilla. En realidad, el cuerpo en pedazos de ese soldado atenuó el impacto de la granada, protegiéndolo; lo dejó anonadado pero salvo. Pienso a menudo en ese proyectil que, de no haber sido por unos pocos metros, habría matado a mi abuelo. Todo lo que vivo, el hálito de mis horas y los latidos de mi corazón, debe su existencia a unos pocos metros. Quizá sea incluso cuestión de centímetros. A veces, cuando me siento feliz contemplando a una mujer suiza o un paisaje malva, pienso en la inclinación del proyectil, pienso en cada detalle que llevó al soldado alemán a dispararlo aquí y ahora y no allá y un segundo antes o después, pienso en el absurdo de lo ínfimo que hace que yo esté aquí. Y que mi abuelo estuviera allí, y sobreviviera, feliz de librarse de ese horror del que nada entendía.

Vuelvo al detalle, pues ese detalle me obsesiona. Una simple caída, y su vida cambió radicalmente. Unos pocos milímetros bastaron para sumir a un hombre en el perímetro de la agonía. Se cayó en la ducha por culpa de una pastilla de jabón (pienso en esas palabras: «pastilla de jabón»). Se rompió dos costillas y se fracturó el cráneo. Lo vi entonces, aunque estaba débil pensé que se recuperaría, que todo volvería a ser como antes. Pero ya nunca habría un antes. Mi abuelo encadenaría un problema físico tras otro, hasta su último día. Al principio me lo tomé muy mal, no



soportaba verlo así, como un hombre herido. Él odiaba las visitas, vernos alrededor de su cama de hospital con nuestras patéticas sonrisas. No quería nuestro amor, quería que nos olvidáramos de él, que nadie le recordara hasta qué punto se sentía miserable. Mi abuela lo acompañaba todas las tardes, haciendo punto, y yo me daba cuenta de que hasta esa presencia le era insoportable. Le habría gustado mandarla al cuerno, le habría gustado que lo dejaran en paz, y palmarla. Ese periodo duró muchísimo tiempo, pasó desde incesantes anginas hasta infecciones pulmonares, como si tuviera que pagar por una vida entera de buena salud. Entonces le descubrieron una lesión en el ojo. Ya apenas veía. Quiso creer que podría recobrar por completo la vista. Estaba dispuesto a hacer todos los ejercicios del mundo, a plegarse a las órdenes de los adeptos a la esperanza. Pero el dolor le quemaba el rostro. Guiñaba el ojo de manera patética, como una llamada de socorro. Algunos días estaba incluso desfigurado.

Y ahora está muerto.

En su habitación, ante su cuerpo, una imagen atrapó mi atención: la mosca. Una mosca que se había posado en su cara. La muerte era eso, pues. Cuando las moscas se te posan encima, y ya no las puedes ahuyentar. Esa visión fue lo más duro para mí. Su inmovilidad agredida por la hija de puta de esa mosca. Desde entonces, las mato a todas. Ya no se puede decir de mí: no le haría daño ni a una mosca. Esa mosca, pensé a menudo después, no sabía dónde había posado sus patas de mosca, lo ignoraba todo de la vida de mi abuelo, se detenía sobre el último rostro de mi abuelo sin saber siquiera que ese hombre había sido un adulto, un adolescente, un recién nacido. Me quedé largo rato observándolo, y luego llegó mi padre. Con un semblante desconocido para mí. Por primera vez lo veía llorar. Me resultaba tan extraño ser testigo de algo así... Sus lágrimas eran

un pez con piernas. Yo siempre había pensado que los padres no podían llorar. Al darnos la vida, se les secaban los ojos. Nos quedamos así, callados, como siempre. Pero ahora estábamos incómodos. Incómodos por exteriorizar nuestra tristeza. Cuando estaba de buenas, podía llegar a pensar que la sequedad afectiva de mi padre era una forma de pudor. Ahora ese pudor se resentía. Nos incomodaba mostrar nuestro dolor, pero, al mismo tiempo, atrapados como estamos en la permanente puesta en escena de nuestras vidas, queremos que se vea. Se llora para mostrar a los demás que se llora.

Estuvimos largo rato sin hablar. Tres generaciones de hombres. Pensé que él sería el próximo, y seguramente era lo que él también estaba pensando. Como en una guerra de trincheras, al caer, el soldado que está delante de ti te propulsa a la primera línea de la carnicería. El padre es el que escuda de la muerte, el que protege. Cuando ya no está, de pronto quedamos expuestos a la nada. Contemplé largo rato a mi abuelo, y, sin embargo, no era él. Yo había querido y conocido a un hombre vivo. Lo que había ahí era una máscara de cera, un cuerpo sin alma, una encarnación grotesca de la vida que se ha ido.

Llegaron uno a uno todos los miembros de la familia, en una siniestra procesión del último día. Y mi abuela, claro, extremadamente digna, conseguía mantenerse en pie cuando cada ínfima parcela de su cuerpo se había desmoronado. Y, de pronto, se puso a gritar. Gritos de dolor para expresar su deseo de reunirse enseguida con él. Esta generación que ya se escabulle tiene arraigada la idea de que están unidos en la vida y en la muerte. Pasar la vida juntos es también morir juntos. Sentí que mi abuela era sincera. Había que retenerla. Tratamos de calmarla, le hicimos beber un poco de agua, pero su dolor seguía pareciéndome insoportable. Unos días más tarde, en el cementerio, per-

maneció un momento de pie ante la tumba. Sabía que arrojaba una flor sobre su futura morada. Ya no llovía, lloramos todos. Tratamos de resumir un poco a mi abuelo, de esbozar los recuerdos de una vida; luego lo enterramos, y eso fue todo.

## 2

## Un recuerdo de mi abuelo

*Era un domingo espléndido. Mi abuelo acababa de comprarse un coche, del que estaba muy orgulloso. Decía «mi coche», como hubiera podido decir «mi hijo». Tener un coche significaba haber alcanzado el éxito en la vida. Le propuso a toda la familia ir a dar un paseo por el bosque. Mi abuela preparó lo necesario para hacer un picnic. Y también esa palabra, «picnic», sonaba tan mágica... Condujo despacio, con su mujer a su derecha y sus tres hijos apretados en el asiento trasero. Habrían podido ir hasta el mar, incluso la Luna parecía alcanzable. Encontró un rincón bonito en el bosque, junto a un lago. El sol se colaba entre las ramas de los árboles, confiriéndole a la visión del día el brillo de un sueño.*

*Mi abuelo amaba profundamente a su mujer. Admiraba su fuerza y su dulzura, y respetaba sus cualidades morales. Ello no impidió que se sintiera atraído por otras mujeres, pero nada de eso importaba ya. Ya no había más que ese domingo en familia, y el picnic. Todo el mundo tenía hambre. Mi abuelo tomó el primer bocado, y fue como si su felicidad se acelerara. Le gustaba el pan con jamón, pero mi abuela se había tomado la molestia de añadir una mayonesa<sup>[1]</sup> casera divina. Esa mayonesa lo superaba todo, esa mayonesa cristalizaba la belleza de su más hermoso recuerdo.*

### 3

Los días sucesivos, fui un extranjero en mi propia vida. Estaba ahí, vivía, pero estaba irremediabilmente unido a la muerte de mi abuelo. Mas el dolor termina por difuminarse. Empecé a pensar en él cada vez menos, y ahora ya navega apaciblemente en mi memoria, ya no siento el peso en el corazón de los primeros días. Creo incluso no sentir ya verdadera tristeza. La vida es una máquina para explorar nuestra insensibilidad. Qué bien sobrevivimos a los muertos. Siempre resulta extraño decirse que puedes seguir avanzando aunque te hayan amputado tus amores. Llegaban los días nuevos, y yo los saludaba.

En esa época soñaba con ser escritor. Bueno, no, no soñaba. Digamos que escribía, y no estaba en contra de la idea de que toda esa estimulación neuronal me fuera útil para ocupar mis días de manera concreta. Pero no era nada seguro. Recuerdo muy bien esos años en que no sabía nada de mi futuro. Lo habría dado todo por tener elementos de mi vida adulta, por poder tranquilizarme, por que me dijeran que no me preocupara porque encontraría mi camino. Pero nada, el presente permanece inmóvil. Y a nadie se le ha ocurrido inventar los recuerdos del futuro. Quería llevar una vida un poco heroica, con eso no me refiero a nada que requiriera mucho esfuerzo físico, pero digamos que había elegido hacerme vigilante nocturno pensando que eso me convertía en un marginado. Creo también que era por Antoine Doinel. Quería ser el protagonista de François Truffaut. Lo que yo llamaba «mi personalidad» era el fruto ba-

roco de todas mis influencias. De noche, en un hotel, por fin reuniría las condiciones ideales para que surgiera el genio cansado que dormitaba en mi interior.

Encontré un empleo en un pequeño hotel parisino. Un lugar muy tranquilo. La estupidez de los hombres se tomaba un descanso, y yo asistía en primera fila a esa pausa. Las mujeres también descansaban, pero ello me producía un efecto muy distinto. Cuando una desconocida subía a su habitación, a veces la imaginaba desnuda, y eso me hacía daño. ¿Así iba a ser mi vida? ¿Atrapado en la planta baja mientras las mujeres subían las escaleras? Podía fantasear, maldecir también a veces a sus acompañantes. Según unas estadísticas que había leído, se hace más el amor en los hoteles que en casa. Ser vigilante nocturno significa velar el amor ajeno. Turistas borrachos que volvían tarde al hotel interrumpían a menudo mis esperanzas eróticas. Después de que los hubieran echado de todos los bares del barrio, sólo les quedaba una persona con quien pegar la hebra: yo. Tuve así las conversaciones más tontas de mi vida. Digo tontas, pero quizá fueran extremadamente inteligentes. Llegaba cierta hora en la noche en que las palabras ya no se pueden juzgar con sensatez. Me dedicaba a escuchar, a pensar y a fantasear. Aprendía a hacerme hombre.

Gérard Ricobert, el dueño del hotel, parecía satisfecho con mi trabajo. Y no le faltaban motivos. Yo era serio y dócil. Ni siquiera me quejaba cuando el relevo matutino llegaba tarde. A veces aparecía en plena noche para comprobar que no me quedaba dormido o que no había invitado a alguna chica para que me hiciera compañía (una hipótesis enormemente improbable). Cada vez, me daba perfecta cuenta de que se quedaba como desarmado al verme sentado muy erguido en mi silla, muy activo y despierto, y yo sentía que, en lo más profundo de sí mismo, juzgaba ridícula tanta profesionalidad. Me ofrecía siempre un cigarro, y yo lo aceptaba, con la esperanza de que la tarea de expirar

el humo nos evitara tener que hablar. Una noche, al ver mi cuaderno de apuntes sobre el mostrador de la recepción, me preguntó:

—¿Escribes?

—Esto... no.

—Los verdaderos escritores son siempre los que dicen que no escriben.

—Ah... No sé.

—¿Sabes que Patrick Modiano, cuando tenía más o menos tu edad, fue vigilante nocturno aquí?

—¿Sí? ¿En serio?

—No, hombre... Era una broma.

Se marchó, no sin antes decirme en voz baja:

—Bueno, Patrick, hala, buenas noches.

Había echado a perder mi concentración. ¿Por qué venía a ejercitar su sentido del humor conmigo? Seguramente era la clase de persona que monopoliza la conversación largo rato durante las cenas con sus amigos, contando anécdotas desde el aperitivo (siempre las mismas: debía de apañarse en sociedad con un escaso repertorio de historias cuyo éxito ya habría tanteado con algunos miembros dóciles de su familia; y su obsesión, por supuesto, sería la de no repetir anécdota con nadie). En aquella época aún no lo conocía y temía tener que soportar, por obligación profesional, sus ocurrencias y demás consideraciones sobre la sociedad. Sentía la angustia de tener que reírle los chistes, cuando no había nada que me hiciera reír menos que un chiste, por desternillante que fuera.

Iba a equivocarme tantas veces con la gente, a lo largo de mi vida... Tanto es así que, al final, acabaría llegando a la siguiente determinación: ya no emitiría la más mínima opinión sobre una persona antes de haberla tratado durante al menos seis meses. Ni hablar de fiarme de mi torpe intuición, seguramente gangrenada por mi inclinación excesiva a pensar en las musarañas, o por la simple falta de expe-